



Revista Venezolana de Filosofía. N0. 22 – 1986

Universidad Simón Bolívar/ Sociedad Venezolana de Filosofía

Número en Homenaje al Dr. MANUEL GRANELL

Palabras Iniciales de Ernesto Mayz Vallenilla

En el mes de junio de 1986 cumplió Manuel Granell ochenta años. Treinta y seis de ellos vividos bajo el cielo de Caracas, adonde llegó en 1950, contratado como Profesor de Filosofía por la Universidad Central de Venezuela. Había publicado en 1949 su *Lógica* -enaltecida por el prestigioso sello editorial de la *Revista de Occidente*-, la cual, según sus propias palabras, "era mi esperanza para `saltar' a América".

Lo conocí aquel mismo año en las viejas aulas de la antigua Facultad de Filosofía y Letras -recién creada, apenas, en 1946 - donde Granell se encargó del curso de Filosofía Moderna, que seguíamos los estudiantes que finalizábamos entonces la carrera.

Constituía nuestro grupo la que habría de ser la primera promoción graduada en filosofía de aquella Facultad. Nos sentíamos, por ello, más que deudores de una tradición, responsabilizados por la casi sagrada tarea de imponer unas exigencias académicas que no dejaran lugar a dudas acerca del nivel y la excelencia de los estudios que cursábamos. Más que pedantes, éramos idealistas; y, más que idealistas, deseábamos con juvenil vehemencia sancionar a quienes osaran irrespetar el sagrado celo con que encarábamos nuestra misión de "fundadores". Varios profesores habían tenido ya que abandonar sus cátedras -voluntariamente o retirados por orden de las Autoridades- acosados por las quejas estudiantiles que denunciaban su incompetencia pedagógica y magisterial.

Granell -a pesar de no ser un expositor fluido, ni tener la galanura oratoria de rancia estirpe hispánica que otros exhibían- no solo pasó la prueba en aquel circo de leones, sino que, desde el primer momento, nos cautivó por la sobria rigurosidad con que exponía sus bien preparadas lecciones.

No era tampoco -sea dicho con la experiencia de más de treinta años de honda y fructífera amistad- de aquellos profesores que brindaban un trato fácil, acogedor y



espontáneo, a los estudiantes. Reservado, casi hosco, con temor de parecer "adulante" -como otros, efectivamente, lo eran- no desatendía a quien se le acercara, pero tampoco hacía esfuerzos para congraciarse con sus alumnos. Al menos para algunos de ellos -con el correr de los años- este aparente defecto se ha transformado en una de sus más apreciables virtudes: la de su recia honestidad -intelectual, moral, humana- inspiradora de un respeto no conquistado mediante artificios de hipocresía, halagos ni calculadas complacencias.

Al regresar de Alemania tuve el honor -ya como colega- de compartir labores de docencia con mi antiguo Profesor. Fue creciendo entre nosotros, al margen de los comunes problemas y sinsabores que nos deparaban nuestras tareas académicas, una sincera y entrañable amistad, fortalecida por la solidaria preocupación que experimentábamos frente al destino político de Venezuela, la suerte de la Universidad y las metas que ambicionábamos para lograr la superación de la enseñanza de la filosofía en el país.

Esa amistad no fue óbice para que Granell asumiera siempre en sus deberes académicos una actitud de ejemplar exigencia y objetividad frente a quien había sido su alumno. Como Miembro del Jurado que examinó mi Tesis Doctoral -la "Fenomenología del Conocimiento"- revisó con escrupulosa minuciosidad sus páginas... y sus preguntas, formuladas frente a un auditorio de más de 150 personas, constituyeron para mí un serio escollo en aquel examen. A ellas debo, sin embargo, haber corregido no pocos errores que había cometido, o la enmienda de algunas perspectivas que no había advertido.

Como una contrapartida de lo anterior -en gesto que aún no he logrado explicarme- Granell se empeñó en obtener, años después, su título de Doctor en Filosofía (ya que éste automáticamente le correspondía como Profesor-Fundador de nuestra Facultad). En tal ocasión tuvo para conmigo una distinción que, por inmerecida, nunca olvidaré: me pidió que fuese tutor de su Tesis Doctoral (!!!) -*La Vecindad Humana*- donde consignaba, tras largos y pacientes años de hondo investigar, sus hallazgos sobre la fundamentación de una nueva ciencia: la *Ethologia*.

Acepté esa tarea sólo por testimoniarle a Granell el respeto y admiración que sentía por su persona y su obra. Más que una simple "Tesis Doctoral", aquel manuscrito revelaba el persistente trabajo de un pensador -erudito y original al mismo tiempo- que con paso seguro se adentraba por una senda cuyos frutos están reservados al porvenir. "Démosle tiempo al tiempo", ha dicho Granell, refiriéndose a ella. "Tengo tal confianza y seguridad en mi tesis -son sus propias



palabras- que espero se producirán múltiples colaboraciones fundamentadoras cuando mi *Ethología* sea conocida de veras".

Como "primer lector" de ella -tal fue la fórmula de compromiso que acepté como dedicatoria del autor en un ejemplar personal que conservo - comulgo plenamente con semejante apreciación. Lo que me extraña y sorprende es el incomprensible silencio que la Universidad en que fue presentado este brillante trabajo ha guardado frente al mismo. Tan solo como reconocimiento frente a la obra de un auténtico y singular pensador -que trabajó en su seno más de 25 años como Profesor y ante una "Tesis Doctoral" que debería erigirse como modelo o paradigma de tal ejercicio académico- cabría al menos esperar de ella que propiciase su divulgación, en lugar de empeñarse en prodigar sus halagos y honores a quienes, sin verdadera seriedad filosófica, han cimentado su prestigio de "sabios" vendiendo bisuterías intelectuales a los indígenas de este país...

Una de las más apreciables facetas de la obra de Granell -en tal sentido- es la que revelan sus trabajos dedicados a los problemas venezolanos. Con excepcional hondura -sin abandonar nunca el decoro ni la necesaria precisión crítica- Granell fue aplicando sistemáticamente las tesis primordiales de su *Ethología* a la exploración de nuestras raíces culturales y al análisis de nuestro intransferible *ethos*. Fruto de éllo fue un extraordinario libro -*Del pensar venezolano*- publicado en 1967, que al igual que todo el resto de su obra editada en Venezuela, es prácticamente desconocida o ha sido silenciada por la crítica, sin prestarle la atención que verdaderamente se merece por la claridad, rigor y fecundidad de sus originales planteamientos.

También aquí -en paralela actitud con lo ocurrido en el plano académico- la obra de Granell ha sido incomprensiblemente ignorada o desdeñada frente a otras de signo y estilo ostensiblemente diferente -lisonjeras, falsificadoras y serviles- tal como si el talante retraído de su carácter personal le hubiese granjeado una mezquina incomprensión del medio.

Pero ese talante -enhiesto y solitario- ha sido un rasgo de su vida... presente en todas las actividades que le ha correspondido cumplir. Así fue como Profesor, así asumió sus deberes políticos, así encaró sus obligaciones de auténtico universitario cuando le correspondió actuar en medio de la crisis que azotó a nuestras instituciones de educación superior en la década de los años sesenta.

Frente a las presiones y halagos políticos que sucedieron a la caída de la dictadura perezjimenista -a partir de 1958- jamás fue (como vergonzosamente otros lo fueron) zalamero ni cómplice intelectualoide para cohonestar los desmanes de violencia



académica que pretendían hacerse en nombre de una pretendida "revolución" contra la democracia.

Mientras viejos profesores de nuestra Facultad abjuraban de sus antiguas posiciones "metafísicas" y "teológicas" para transformarse en adalides y profetas de un marxismo trasnochado (sirviendo de santones y portaestandartes a los furibundos de la época), Granell se mantuvo firme y coherente en sus auténticas creencias. Desde ellas, valientemente, combatió las arremetidas y exageraciones, sin amilanarse ni transigir, sin falsas conversiones, ni complacencias ocasionales. Jamás engañó ni traicionó a nadie. Fue, siempre, el mismo. Lo sigue siendo. Ello, inevitablemente, es incómodo. La inflexibilidad moral no se compadece nunca con la flexibilidad amiboide del oportunista y del cobarde.

Un rasgo de fidelidad semejante ha conservado Granell -a lo largo de toda su vida y obra intelectual- con quien considera su verdadero maestro: Ortega y Gasset. Su discipulado en relación con el pensamiento de Ortega, sin embargo, nunca ha significado sumisión ni acrítico silencio. Esto también -al igual que lo anterior- ha traído para Granell incómodas consecuencias. Mientras algunos (sin analizar a fondo sus planteamientos) lo consideran un ortodoxo orteguiano, la capilla de la Madre Patria -con sus exagerados cancerberos- lo excluyen sutilmente del círculo de los auténticos "intérpretes" (léase: acólitos) del pensamiento del Maestro. Granell -me consta- ha guardado una voluntaria distancia frente a ello. Aunque sabe y pregona su deuda con Ortega, no ignora tampoco que, a partir de las fecundas intelecciones que aquel dejó planteadas, su trabajo creador ha logrado avanzar en forma inconfundible, avizorando terrenos y problemas de original factura.

El cielo de Caracas ha sido testigo de esta silenciosa y fecunda peripecia intelectual, realizada con ejemplar modestia, sin estridencia ni publicidad de ninguna especie, como le corresponde a un auténtico filósofo. Quienes hemos convivido con su intimidad -en permanente y fecundo diálogo- nos sentimos orgullosos de haberla presenciado, como testigos de ella, enriquecidos por su resplandor.

Junto con Granell -en gesto de deber frente al incierto destino en que veíamos sumirse la filosofía en Venezuela durante los años sesenta- fundamos la Sociedad Venezolana de Filosofía, como un baluarte que debía luchar por el desarrollo y perfeccionamiento de aquellos estudios en el país. Fruto de tal iniciativa es esta *Revista Venezolana de Filosofía*, publicada en colaboración con el Departamento de Filosofía de la Universidad Simón Bolívar.

Nos ha parecido un deber insoslayable -así como un homenaje absolutamente merecido- dedicar un número de esta Revista a Manuel Granell, quien es en la



actualidad Curador de la Sociedad Venezolana de Filosofía, al cumplir sus ochenta años. Con ello quisiéramos testimoniar no sólo nuestra admiración, sino también la gratitud que sentimos por la obra que, como pensador y educador, ha realizado entre nosotros.

En cuanto se refiere a estas sencillas palabras... sólo tienen un propósito: comenzar -aunque sea tardíamente- a esclarecer las cosas y a ponerlas en su sitio. Se trata de una tarea impostergable que deben realizar todos los que sientan interés por comprender y analizar el desarrollo de la filosofía en Venezuela.

